

O corneteiro de Badajoz

JACINTO J. MARABEL MATOS
Doctor en Derecho
Comisión Jurídica de Extremadura
jacintomarabel@hotmail.com

RESUMEN:

La presencia del ejército portugués en Extremadura, durante la mayor parte de los combates que se libraron en la Guerra de la Independencia, fue constante. Sin embargo, los escasos estudios dedicados a recoger esta participación suelen estar basados en fuentes interpuestas, fundamentalmente británicas, y por lo tanto incompletas. Por ello, en ocasiones resulta complicado delimitar los hechos históricos de los meramente fabulados, como ocurrió en el caso del corneta del batallón de cazadores portugueses nº 7, en el asalto de Badajoz de 1812. En este trabajo tratamos de mostrar las posturas enfrentadas en torno a esta particular historia de la que, aún hoy, es difícil asegurar su veracidad.

PALABRAS CLAVE: Sitio de Badajoz; Ejército Portugués; Corneteiro.

ABSTRACT

The presence of the Portuguese army in Extremadura, during most of the battles that were fought in the Peninsular War, was constant. However, few studies dedicated to collecting this participation are often based on fabled, mainly british sources, and therefore incomplete. Therefore, it is sometimes difficult to delineate the historical facts of the fabled merely, as in the case of portuguese bugle batalhão caçadores nº 7, in the assault of Badajoz in 1812. In this work we show opposing positions around this particular story that even today is difficult to ensure its accuracy.

KEYWORDS: : Siege of Badajoz; Portuguese Army; Corneteiro.

I. EL ARRUMBAMIENTO DEL HÉROE

Debía ser medianoche. Compasiva, la luna había abandonado cientos de cuerpos desmembrados extendiendo un manto de oscuridad sobre el foso del baluarte de La Trinidad. Y al aquelarre en el que habían sido sacrificadas inútilmente las mejores tropas de Su Majestad le sucedieron desgarradores alaridos de dolor y locura. Todo estaba perdido. Inútilmente, las marejadas de regimientos que habían venido a impactar contra los muros de la fortaleza, ardieron a sus pies mientras la ciudad se antojaba inexpugnable.

Entonces, una liviana brisa descubrió, de entre los humeantes y siniestros artefactos dispuestos en la brecha, el enlodado y sanguinoliento espectro del corneta del 7º batallón de cazadores. Desde la madriguera en la que había permanecido oculto a aquel infierno, comenzó a incorporarse con dificultad mientras besaba compulsivamente el escapulario que aún colgaba de su cuello. Después aferró con ansia el deslucido cornetín despojado a un cadáver en Bussaco y, determinado a cumplir su misión, reunió el suficiente valor para, con idéntica devoción, posar ahora sus labios sobre la boquilla del instrumento. Y fue cuando se alzó sobre la voz de los muertos, diáfana y rotunda, la orden de retirada del ejército imperial.

Abandonadas las defensas, docenas de cuernos replicaron llamando al avance de las tropas anglo-portuguesas. El resto es bien conocido: Badajoz fue tomada y, durante las horas siguientes, pagaría con creces su atormentada resistencia.

Menos reseñada es la historia del corneta del 7º batallón de cazadores portugués que, según la tradición, confundió con su clarín a las fuerzas franco-alemanas que defendían las brechas, provocando el repliegue de las mismas y la consiguiente toma de la ciudad. En los días posteriores, comenzó a circular el relato de aquel misterioso corneta que, cuando la desesperación era máxima, consiguió burlar a los defensores de Badajoz y servir en bandeja la victoria que cimentaría la fortuna de Lord Wellington. Consciente de ello, el propio Arthur Wellesley reconoció el valor de esta acción y recompensó a su autor, el bisoño corneta del 7º batallón de cazadores José Francisco de Castro, con ciento cincuenta guineas, patrocinando una promoción que, ciertamente, nunca llegó¹.

¹ FORBES, Archibald: *Battles of the Nineteenth Century*. Volumen I. Londres, 1896, p. 266.

No sería hasta cincuenta años más tarde, tras reiteradas y desoídas solicitudes al gobierno, cuando las Cortes portuguesas reconocieran y laurearan al ya a estas alturas retirado músico castrense.

En España y como era de prever, la crónica de este episodio, ciertamente menor en el mitológico piélagos del anecdotario correspondiente a la Guerra de la Independencia, acabó naufragando en las fosas de la memoria. Sin embargo, en el transcurso de los años ésta acabó por evocarla y, quizás advirtiendo la trascendencia que, para los estudiosos locales, podría representar este hecho, el día 10 de enero de 1871 consintió que *La Fusión* de Badajoz, transcribiera en su literalidad la siguiente necrológica recogida en el *Diario de Noticias* de Lisboa, de 9 de enero de 1871, inmediatamente anterior:

*“Nos hallamos bajo la penosa impresión de una noticia dolorosa, de la cual nos da cuenta la siguiente carta: Señor redactor del Diario de Noticias, el valiente corneta de Badajoz sucumbió hoy a un ataque pulmonar. ¡José Francisco de Castro, el bizarro militar, que con un solo toque de corneta evitó la efusión de sangre, ya no existe! La muerte de este valiente soldado es una pérdida nacional. Han sido copiosas las lágrimas que se derramaron al pie de su tumba. Se hallaba condecorado con la Torre y Espada, con la Orden de Nuestra Señora de Villaviciosa y con la medalla de la Campaña Peninsular”*².

Ante el desconocimiento absoluto del luctuoso suceso, el por entonces cronista de Badajoz Nicolás Díaz y Pérez, inquirió alguna noticia sobre el particular en el nº 43 de *El Averiguador*, de 15 de octubre de 1872. Y, dos números más tarde, un tal “J.G. de A.” le respondió:

“José Francisco de Castro, muy joven todavía (rapaz ainda), entró a servir en el ejército portugués como soldado, tomando la corneta al poco tiempo, porque se entusiasmaba, decía él más tarde, con la idea de que haría mover toda aquella tropa con un solo toque suyo. Sin pedirlo, volvió

² El redactor de *La Fusión*, de 10 de enero de 1871, continuaba comentado la necrológica en los siguientes términos: “Como el sujeto finado, a quien se refieren las anteriores líneas, ocupaba un lugar honroso en las páginas de nuestra gloriosa epopeya nacional de principios de siglo actual, a más de concederle el recuerdo de aprecio que por ello merece, debemos asimismo recordar que fue el que con hábil ardid de un oportuno toque de retirada, que los franceses creyeron ser ordenados por sus jefes, les obligó a retirarse del castillo, facilitando la entrada de las fuerzas aliadas que a nombre de España sitiaban la plaza, ocupada por aquellos.”

luego a ser soldado del mismo batallón de cazadores n° 7 en que servía, y después de pasar por aprendiz, logró entrar en la banda de música. Por fin, en 1826 recibió la licencia absoluta.

Debía ser portugués, quizás de Gallega, y esto debe constar en el Ministerio de la Guerra de aquel reino, donde existen los documentos que pueden dar razón de su baja en el ejército, y de la pensión que le fue señalada por las Cortes.

Pero ¿qué interés podría tener Badajoz en contar al, en estos últimos tiempos, tan celebrado corneteiro-mór do antigo batalhão, núm. 7, en el número de sus hijos? Porque el hábil ardid de su oportuno toque de retirada que el Ministerio de la Guerra primero, las Cortes portuguesas después, los periódicos de aquella nación luego, y ahora la Fusión de Badajoz, supusieron haber engañado a los franceses, es y ha sido siempre una pura fábula.

La plaza de Badajoz fue tomada por el castillo y el baluarte de San Vicente, que escalaron los anglo-lusos, no por la brecha grande de La Trinidad, a cuyo pie murieron tantos y tantos valientes de la división ligera, con excepción, sin embargo, de los cazadores del 7º, que fueron dirigidos a otra parte en la noche del asalto. Si, pues, no tuvo éxito el ataque de la brecha, donde José Francisco de Castro decía haber hecho alarde de su habilidad en el trompín francés, mal pudo deberse a sus toques la entrada en la plaza.

Los portugueses no necesitan de esa gloria, nuevamente añadida a la verdadera y perdurable que alcanzaron a sus armas en la guerra de la Independencia, y uno de sus generales, Antonio D'Oliva Sousa Sequeira, herido al pie de la brecha de la Trinidad, ha demostrado de una manera irrefutable ser falso el hecho que con tan lamentable ligereza premiaron las Cortes de su nación”³.

El lector que respondió al cronista de Badajoz, no hacía sino servir a una de las posturas que, en torno a esta cuestión, había dividido a la opinión pública portuguesa tres lustros atrás. Efectivamente, una vez publicada la confesión del *corneteiro* en el *Jornal do Comércio* de 4 de marzo de 1859, rápidamente se recabó apoyo institucional para que se reconociese su heroicidad, por lo que además de una pensión vitalicia, fue nombrado “*Cavaleiro da Ordem*

³ Vid. *El Averiguador. Correspondencia entre curiosos, literatos, anticuarios, &c.*, n° 45, de 15 de noviembre de 1872.

da Torre e Espada, do Valor, Lealdade e Merito”, una de las mayores distinciones de Portugal.

Sin embargo, no todos aceptaron su relato, resultando ser uno de los que mayor empeño puso en arrumbar la fortuna del enteco *corneteiro*, el mariscal retirado Antonio de Oliva e Sousa Sequeria, que había participado en el sitio de Badajoz de 1812 como alférez de una compañía de granaderos, siendo herido en la brecha de La Trinidad. A través de diversos artículos publicados en el diario *Rei i Orden* se enfrentó, por un lado, a los redactores del *Jornal de Commércio* que habían promocionado a José Francisco de Castro y, por otro, al también general en la reserva José Verissimo Alves da Silva que, en distintos números de *Revolução* y de *Portuguez*, se erigió en adalid del héroe⁴. Al año siguiente, Antonio de Oliva recuperó sus artículos para editar un curioso libro que tituló, precisamente, *Rectificações Históricas*⁵.

El *Jornal do Commércio* nº 1679, de 3 de mayo de 1859, con el titular “*Documento para a Historia*” presentó una entrevista a José Francisco de Castro⁶ que fue la antesala para dar a conocer su relato, así mismo publicado en el siguiente nº 1699, de 26 de mayo, de mismo diario. Finalmente, ante la controversia suscitada en diversos medios, en el nº 1755, de 6 de agosto de 1859, el *Jornal do Commércio* dio a conocer una carta de su puño y letra, en la que sustentaba la veracidad del episodio frente a las acusaciones del mariscal Antonio de Oliva.

⁴ Vid. *Revolução* nº 5055, de 4 de marzo de 1859, y *Portuguez* números 1780 y 1801, de marzo y abril de 1859.

⁵ Vid. *DE OLIVA E SOUSA SEQUERIA, Antonio. Rectificações Históricas. Lisboa, 1860*. En este libro se suceden las cartas publicadas por De Oliva en diversas ediciones del mes de marzo de 1859 del diario *Rei i Orden* (números 633, 639, 663, 669, 676, 680, 690, 693, 718, 719, 721, 728, 753, 772 y 773). El autor (1791-1865), también publicó alguna que otra obra menor y de temática castrense: *Projecto para o estabelecimento político do reino de Portugal*. Coimbra, 1821; *Narração dos acontecimentos que tiveram lugar em Beja, na occasiao em que Suas Magestades e Altezas visitaram esta cidade a 11 de Outubro de 1843*. Lisboa, 1844; *Cartas transtaganas*. Lisboa, 1860; según recoge DA SILVA, Innocencio Francisco. *Diccionario Bibliographico Portuguez*. Tomo VIII. Lisboa, 1868; pp. 263 y 264.

⁶ En este número se publicó también una litografía de cuerpo entero del famoso *corneteiro*, realizada por Alexander Michellis bajo el título “*José Francisco de Castro. O corneteiro-mór do assalto da praça de Badajoz*”.

El transcurso del tiempo confundió las versiones de unos y otros, por lo que, pese a que unos años más tarde Claudio Pereira de Chaby tomó el partido de los detractores y recogió la postura de su correligionario en sus *Excerptos*⁷, lo cierto es que la leyenda del *corneteiro* de Badajoz ya había sido incorporada a la tradición romántica portuguesa⁸ e incluso a la británica. Esta última, remisa a reconocer heroicidades foráneas, acogió con prontitud y sin reparos la crónica que habían publicado los medios favorables a José Francisco de Castro. Así, en 1882, James Grant incluyó el episodio dentro de un volumen de varios cuentos de corte histórico y militar⁹.

Naturalmente, por estos pagos y después de noticiado el hecho por el cronista Nicolás Díaz y Pérez, el episodio fue desdeñado por aquellos pocos

⁷ Vid. PEREIRA DE CHABY, Claudio Bernardo: *Excerptos Historicos e Collecção de Documentos relativos á Guerra denominada da Peninsula*. Volumen IV. Lisboa, 1863.

⁸ En este sentido, resulta muy interesante el protagonismo asumido en la obra de DA SILVA, Bruno: *O Ultimo Cartuxo da scala Caeli de Evora*. Lisboa, 1891.

⁹ James Grand (Edimburgo 1822, Londres 1887) fue un prolífico escritor favorable a la causa escocesa. Sorprendentemente, en la referida obra, donde se ensalza precisamente la participación de los regimientos escoceses en diversos conflictos armados, tiene cabida un capítulo dedicado al Cid Campeador, "*The story of the Cid Rodrigo of Bivar*", y otro al corneta del 7º batallón de cazadores, "*The Bugle-boy of Badajoz*". No nos resistimos a recoger el párrafo donde narra el asalto de la brecha de La Trinidad en los siguientes términos: "*Como las hojas se barren antes de una tempestad, los asaltantes fueron barridos por los obstáculos dispuestos en las brechas y estas fueron cubiertas de muertos y heridos, dificultando penosamente cualquier avance, mientras las bombas explotaban y los disparos y las granadas caían entre ellos. Sus gritos eran terribles, pero los gritos de los franceses más terribles todavía. Subían y subían hasta encontrarse con los peligrosos artefactos atravesados en la brecha, los relucientes, terribles e intransitables caballos de frisa, formados por hojas de sable afilados, fijados a pesadas vigas y encadenadas sobre la brecha. Más allá, una masa de franceses derramaba su fuego mortal barriendo con láminas de plomo como el viento barre un túnel. El bravo José se las ingenió para colarse sin ser visto bajo un caballo de frisa y ocultarse entre un montón de muertos. Su uniforme azul oscuro, salpicado de sangre y arcilla, le permitió pasar desapercibido entre los franceses, hasta que consiguió llegar hasta un ángulo de la rampa. Después posó sus labios sobre la corneta y sopló de manera firme y alta, una y otra vez, por encima del horrible estruendo del asalto, la señal de retirada de las tropas francesas. (...) La acción de José de Castro, dicen los portugueses, llegó a oídos del comandante en Jefe – el Gran Duque de Wellington – que le hizo llamar para entregarle cien guineas de su propio bolsillo, que fueron administradas por el capitán de su compañía, así como dos distinciones: una medalla por su excelente servicio y la mención portuguesa nº 3". GRAND, James: *The Scots Brigade and other tales*. Londres, 1882; pp.170-171.*

investigadores locales que en los años sucesivos y con las exclusivas referencias de Pereira de Chaby abordaron la cuestión. Esta fue la postura seguida por Jesús Rincón Jiménez en sendos artículos publicados en el maurista *Correo de la Mañana*, de 30 de diciembre de 1921 y 11 de enero de 1922, preventivos del capítulo finalmente incluido en su colección de artículos sobre la Guerra de la Independencia *Días gloriosos y días aciagos en Extremadura*¹⁰. Y, del mismo tenor, aunque décadas más tarde, resultó la postura amparada por Julio Cienfuegos Linares en alguna que otra sucinta referencia al Sitio de Badajoz de 1812¹¹.

Por nuestra parte, no cabe sino admitir que el tiempo transcurrido desde aquel suceso lo ha hecho en calidad de adversario del famoso *corneteiro*, puesto que en apariencia han vencido las posturas desfavorables a su relato. No obstante, si pretendemos fundamentar una opinión crítica y razonada, en este caso deberá acogerse también que, a la construcción del mito, subyace un sustrato de veracidad que obliga a recoger las fuentes originarias. El presente artículo, por tanto, se sustenta sobre una propuesta de desbroce, de análisis histórico y de rigurosa revisión sobre la participación de las tropas portuguesas durante aquellos días en los que se apostó y perdió el destino de la ciudad¹².

¹⁰ Jesús Rincón Jiménez, supo de esta historia a través de la referencia bibliográfica incluida por Vicente Barrantes en su *Aparato bibliográfico para la Historia de Extremadura* (1875). Según cuenta, rápidamente se hizo de un ejemplar de las *Rectificações Historicas* a través de un librero de Elvas y acabó tomando partido por Antonio de Castro, en cuya obra, entendía, “*quedaban a salvo los intereses de la Historia y de la Moralidad. De la Historia, porque en ésta no debe aparecer más que la verdad de los hechos, y de la Moralidad, porque no es justo robar la gloria a quien quiera que la tenga... El caso del corneta, como leyenda popular, es tolerable, pero inadmisibile para pasar a la verdadera Historia después de tamizada por la crítica.*”

Era preciso a los portugueses deshacer la fantasía de o corneteiro de Badajoz, por la inmerecida indiferencia con que trataban a su ejército algunos historiadores de la guerra peninsular, principalmente ingleses”. RINCÓN JIMÉNEZ, Jesús: *Días gloriosos y días aciagos en Extremadura*. Arqueros. Badajoz, 1930; pp. 142 y 147.

¹¹ CIENFUEGOS LINARES, Julio: “Los franceses en Badajoz”. *Apuntes para la Historia de la ciudad de Badajoz*. Editora Regional de Extremadura. Badajoz, 1999, p. 41. Aunque perteneciente al género de ficción, también se menciona este hecho en CIENFUEGOS LINARES, Julio: *El segundo sello*. Caja Rural de Extremadura. Badajoz, 1996.

¹² LABRETONNIÈRE, Émile: *El Capitán Fariñas. Episodio del Sitio de Badajoz*. Cuatro Gatos. Badajoz, 2012, p.7.

II. EL EJÉRCITO PORTUGUÉS DURANTE LA GUERRA PENINSULAR

El vigente Tratado de Windsor de 1386, refrendo de la alianza diplomática firmada una década antes entre Portugal y Gran Bretaña, es aún el más antiguo y poderoso vínculo de fraternidad de las naciones europeas. En los siglos sucesivos, este convenio, que en su origen invocaba la ayuda mutua para el caso de una agresión militar española, fue la esencia de amistosas y lucrativas relaciones comerciales que sirvió de provecho a los puertos del eje Atlántico y del Océano Índico. Fue también la base en la que Gran Bretaña cimentó, a través de la hegemonía marítima, un boyante sistema económico basado en el colonialismo. Fundamentalmente por esta razón Portugal rehuyó el bloqueo continental decretado por Napoleón, el 21 de noviembre de 1806, con el que pretendía socavar a la única potencia continental que a esas alturas podía hacerle frente.

Por su parte, la determinación portuguesa justificó la firma del Tratado de Fontainebleau, el 27 de octubre de 1807, por el que se dispuso la invasión y reparto territorial del país entre Francia y España. De inmediato, el Ejército de Extremadura al mando del general Carraffa se sumó al cuerpo expedicionario de Jean Andoche Junot y, a través de Alcántara, avanzaron hacia Lisboa sin oposición. El 30 de noviembre de 1807 tomaron la capital, abandonada a su suerte por el Príncipe Regente, el futuro rey Juan VI del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve, que había embarcado con su hacienda y corte rumbo a Brasil apenas tres días antes. Las escasas fuerzas portuguesas que, aisladas y sin mandos se habían limitado hasta entonces a hostigar el fulminante avance del enemigo, fueron finalmente disueltas por Junot mediante decreto dictado el 22 de diciembre de 1807, y la autoridad francesa asumió el nuevo orden militar de Portugal a partir de entonces¹³.

¹³ Hay que señalar que gran parte de la oficialidad más brillante del ejército portugués era abiertamente filonapoleónica por lo que, agrupados bajo el partido del marqués de Alorna, que ejerció la comandancia, el 20 de febrero de 1808, cinco regimientos de línea y tres de cazadores a caballo junto a un tren de artillería, formaron la Legión Portuguesa que sería destinada a combatir en Centro Europa. Pese a que la División aún no había sido constituida de hecho, el 21 de marzo de 1808, Napoleón ordenó que los 8.000 hombres que por entonces la componía partieran de inmediato hacia Bayona. En el trayecto y pese a que asistieron al primer sitio de Zaragoza, la mayor parte de los soldados desertaron y regresaron a Portugal para unirse a la resistencia contra los franceses. CHARTRAND, René y YOUNGHUSBAND, Bill: *The Portuguese Army of the Napoleonic Wars* (2). Men-At-Arms. Osprey. Oxford, 2000; pp. 41-42.

Sin embargo, las conciencias soberanistas se rebelaron tras los ecos del alzamiento español del 2 de mayo de 1808, y, en un efecto emulador, a mediados de junio triunfaron sendos pronunciamientos en Oporto y Coimbra, que rápidamente se extendieron a las provincias de Minho y Trás-os-Montes. Los hombres regresaron a sus antiguas unidades portando sus espingardas y vistiendo sus antiguos uniformes, aunque aislados y sin mandos, escasa o nula resistencia pudieron desplegar frente al poderoso ejército francés. Su esperanza sería renovada cuando, en los primeros días de agosto, un cuerpo expedicionario británico de más de quince mil infantes, al mando de Arthur Wellesley, comenzó a desembarcar en la bahía de Mondego para poner rumbo al sur, a fin de liberar Lisboa.

El 17 de agosto un contingente anglo-luso derrotó a Junot en Roliça y el 21 en Vimeiro, y éste se vio en la necesidad de entablar negociaciones con la finalidad de procurar salvar los restos de sus tropas. El acuerdo, cristalizado en Sintra el 30 de agosto, permitió repatriar a las fuerzas imperiales e indignó por partes iguales a portugueses y españoles, que consideraron excesivamente favorables las cláusulas adoptadas por los británicos en el convenio y que permitían, como así fue, que Napoleón reorganizase varios cuerpos de la Grande Armée para intervenir de nuevo en la Península Ibérica.

Con todo, la Convención de Sintra sirvió a la embrionaria modernización de las, hasta entonces, seculares y obsoletas estructuras del ejército portugués. Siguiendo el modelo británico, se crearían veinticuatro regimientos de infantería, reunidos en doce brigadas que fueron dotadas además, cada una de ellas, con un batallón de cazadores y un regimiento de caballería. Este contingente fue completado con cuatro regimientos de artillería y otro medio centenar de milicias urbanas, así como un número indeterminado de compañías de ordenanzas y de consuetudinarios cuerpos de voluntarios. De este modo Portugal, una nación de poco menos de 3.000.000 millones de habitantes, consiguió, en muy poco tiempo, movilizar y alzar en armas frente al poderoso Imperio Napoleónico, a más de 150.000 hombres que representaban el 5% de su población en aquellos momentos¹⁴.

¹⁴ LEMOS PIRES, Nuno Correia Barrento: "El ejército portugués y el nuevo ejército anglo-portugués en 1808". *Revista de Historia Militar*, nº extra 2. Ministerio de Defensa. Madrid, 2005, p. 237.

Desde su exilio brasileño, el Príncipe Regente designó para el mando supremo del ejército portugués al general William Carr Beresford, el cual, dada la escasez de oficialidad nativa especializada y en tanto los británicos sustentaban económicamente la constitución de este contingente armado, dispuso a sus compatriotas al frente de la mayor parte de las unidades e integró en sus divisiones las brigadas de infantería recientemente creadas. Se introdujeron ordenanzas muy severas en materia disciplinaria, así como modernas reglamentaciones tácticas y, muy pronto, a finales del verano de 1808, los instructores británicos consiguieron articular una primera fuerza con capacidad de combate que adquiriría gran reputación durante el conflicto y a la que debemos prestar especial atención en nuestra historia: la Leal Legión Lusitana.

El 29 de julio de 1808 fructificaron las negociaciones para crear esta unidad ligera que, promovida por los respectivos embajadores Rodrigo de Sousa Coutinho y Robert Stewart, fue integrada en un primer momento por aquellos militares portugueses que se había expatriado en Gran Bretaña tras la invasión francesa, así como por milicianos procedentes de las triunfantes revueltas de Oporto y Coimbra. En esencia, consistía en una tropa ligera formada por tres batallones de cazadores y una compañía de artillería de campaña, unos 2.500 hombres en total que, bajos las órdenes de Robert Thomas Wilson, fueron adiestrados en el manejo de los precisos y modernos fusiles Baker.

La Leal Legión Lusitana fue un cuerpo de hostigadores de élite con gran predicamento durante los primeros años del conflicto, que actuó, fundamentalmente, como columna móvil a lo largo de la frontera española. Por esta razón, participaron en la mayor parte de los combates que tuvieron lugar en esta época en Extremadura. El 12 de mayo de 1809 hicieron frente a la vanguardia del I Cuerpo del mariscal Victor en Brozas y, debiendo retroceder hasta Alcántara, con desigual fortuna defendieron el paso del puente romano al mando del mayor Diocleciano en las acciones del 14 de mayo y el 10 de junio siguientes¹⁵. Mayor éxito tuvieron cubrieron la retirada de Arthur Wellesley tras la batalla de Talavera, en el combate que tuvo lugar en Baños de Montemayor el 12 de agosto de 1809. Y, entre otros hechos de armas destacados, también fueron protagonistas en La Albuera, el 16 de mayo de 1811. Pocos días después, la Leal Legión Lusitana fue disuelta.

¹⁵ Vid. MARABEL MATOS, Jacinto J.: "La defensa holandesa de Mérida en 1809". *Extremadura. Revista de Historia*, nº 2. Tomo I. 2014.



IMAGEN 1. Grabado contemporáneo representando el 1º batallón de la Leal Legión Lusitana.



IMAGEN 2. Óleo del mayor John Scott Lillie con uniforme correspondiente al 7º batallón de cazadores.

Siguiendo las recomendaciones de Beresford, el 4 de mayo de 1811 el Príncipe Regente había dictado una Orden disponiendo la creación de seis nuevos batallones de cazadores. La excelente disposición táctica que ofrecía la Leal Legión Lusitana en combate, evidenció la necesidad de dotar a cada brigada de unidades ligeras con funciones similares a aquella. Así, los tres batallones que formaban hasta entonces este cuerpo de élite del ejército portugués fueron renumerados como 7º, 8º y 9º batallón de cazadores¹⁶.

¹⁶ Además, por el mismo reglamento se ordenaron levas de conscriptos en los partidos de Oporto, a fin de formar dos nuevos batallones, que pasarían a ser el 10 y el 11, y de Minho, para formar el batallón de cazadores número 12. ALVES PEREIRA, Vital Prudencio: *Collecção Systematica das Ordens do Exercito desde 1809 até 1858*. Volumen I. Lisboa, 1859, p. 132.

En cada una de las doce brigadas de infantería fue incluido, por tanto, un batallón de cazadores, por lo que cada una de las compañías de este tipo que integraban los respectivos regimientos fue sustituida por una compañía de granaderos. Así, finalmente se hizo efectiva la Orden de 29 de marzo de 1811, y cada uno de los regimientos quedó formado por diez compañías: dos de granaderos y ocho de fusileros, que en teoría debían hacer un total de 1.552 hombres. Por su parte, el batallón de cazadores se adaptó a la anterior Orden de 20 de febrero de 1810, en la que se establecía su composición, con un estado mayor y seis compañías de 112 hombres cada una¹⁷.

Además del corneta mayor del batallón, adscrito al estado mayor, cada compañía de cazadores contaba con dos cornetas. La maniobrabilidad de la infantería ligera requería mayor flexibilidad en las señales sonoras que transmitían y coordinaban las distintas órdenes en combate que, la hasta entonces rígida candencia del tambor empleada por los regimientos de línea. Por esta razón, a instancias de Beresford, el Decreto de 29 de julio de 1809 sustituyó el tambor mayor y los dos tambores existentes en todas las compañías e introdujo el modelo orgánico y la semiótica particular del corneta británico¹⁸.

Nuestro protagonista, José Francisco de Castro, era uno de los dos trompetas que, al mando del capitán Pedro Paulo Ferreria de Sousa¹⁹, formaban parte de la primera compañía del batallón de cazadores nº 7 que comandaba el mayor John Scott Lillie, desde su origen en la Leal Legión Lusitana²⁰. Su parti-

¹⁷ *Ibid.* pp. 131 y 132.

¹⁸ *Ibid.* p. 130. Aunque adaptada al ejército portugués, la ordenanza británica fue asimilada en su totalidad, por lo que en este sentido resulta interesante citar para su consulta *Regulations for the exercise of Riflemen and Light Infantry, and Instructions for their Conduct in the Field*, Londres, 1798, y *The Sounds for Duty & Exercise for the Trumpet & Bugle Horns of His Majesty's Regiments & Corps of Cavalry*, Londres, 1799.

¹⁹ Pedro Paulo Ferreria de Sousa (29 de julio de 1788, 15 de noviembre de 1862). Teniente general y Primer Barón de Pernes, tras su destacada participación en la batalla que tuvo lugar en esta localidad, el 30 de enero de 1834. El otro trompeta de la compañía, según el referido relato de James Grand, sería Dias de Belem. GRAND, J.: *The Scots Brigade...*, cit., p. 168.

²⁰ El mayor John Scott Lillie (1790-1868), desembarcó en Portugal junto al resto de las tropas expedicionarias británicas en agosto de 1808. En el mes de diciembre fue designado para dirigir el primer batallón de la Leal Legión Lusitana, destacándose posteriormente en la batalla Bussaco y en la defensa de las Líneas de Torres Vedras. Tras la reorganización de Beresford, pasó a comandar el 7º batallón de cazadores, participando en el cerco y asalto de Badajoz de 1812. Al frente de la unidad combatiría en Nivelles y Orthez, en

cipación en el asalto y toma de Badajoz no puede ser cuestionada, pues la unidad estuvo en primera línea de combate en la brecha de La Trinidad y sufrió 49 bajas, resultando heridos varios de los oficiales al mando: el capitán William O'Hara, los tenientes Frederico Cesar de Freitas, Andre Camacho y Antao Garcez Pinto, así como el alférez José Joaquin de Almeida²¹.

De manera interesada las fuentes británicas, cuando no confundieron, obviaron la participación de sus aliados portugueses. Por esta razón, las referencias de la historiografía moderna, desde Charles Oman a Ian Fletcher²², desechan velada y reiteradamente cualquier presunción de veracidad sobre la acción del corneteiro.

Puede formarse una razón analógica sobre esta cuestión a partir de la serie de artículos publicada en esta misma revista sobre las tropas alemanas que tomaron parte, o bien en la defensa o bien en el sitio y posterior asalto, de Badajoz²³, por lo que no conviene detenerse en ello. Baste subrayar, por tanto, la presencia del ejército luso en los cuatro cercos que sufrió la ciudad durante la Guerra de la Independencia Española en poco menos de un año, y reivindicar, como no podía ser de otro modo, el protagonismo del 7º batallón de cazadores portugués y la heroica acción de su legendario *corneteiro*.

1813, tras la que fue condecorado con una cruz dorada. Tras la batalla de Toulouse, donde fue gravemente herido y dado por muerto durante dos días, se le reconoció la medalla al mérito militar, aunque no tuvo plenos efectos hasta 1848. Con anterioridad, en 1831, había sido nombrado Caballero de la Orden del Baño.

²¹ El oficio del general William Carr Beresford en el que se relacionaban los muertos y heridos portugueses, firmado por el Ayudante General Manuel de Brito Mozinho y evacuado al teniente general Miguel Pereira Forjaz Coutinho Barreto de Sá, conde da Feira, desde el cuartel general de Portalegre el 14 de abril de 1812, fue publicado en *Correio Braziliense ou Armazem Literario*. Vol. VIII. Londres, 1812, p. 652.

²² Oman dedica dos capítulos al sitio y asalto de Badajoz. OMAN, Charles: *A History of the Peninsular War*. Vol. V. Oxford, 1914; mientras que dos obras de Fletcher sobre este episodio, fueron publicadas en los últimos años por una editorial badajocense. FLETCHER, Ian: *En el infierno antes del amanecer*. Cuatro Gatos. Badajoz, 2007. FLETCHER, Ian. *Badajoz 1812*. Cuatro Gatos. Badajoz, 2011.

²³ MARABEL MATOS, Jacinto Jesús: "Groß und Erbprinz (I) Badajoz o el honor de Hesse-Darmstadt". *Revista de Estudios Extremeños*. nº 3, Tomo LXIX. Excma. Diputación de Badajoz, 2013; pp. 1.739-1766. "Groß und Erbprinz (II).El colmillo del alemán". *Revista de Estudios Extremeños*. nº 1, Tomo LXX. Excma. Diputación de Badajoz, 2014; pp. 343-374. "Badajoz, 6 de abril de 1812. La noche de los alemanes". *Revista de Estudios Extremeños*. nº 3, Tomo LXX. Excma. Diputación de Badajoz, 2014; pp. 1609-1640.

III. LA PARTICIPACIÓN PORTUGUESA EN EL SITIO DE BADAJOZ DE 1812

Ya desde principios de 1811, cuando fue completado el cerco francés de la ciudad, varios escuadrones portugueses, pertenecientes a los regimientos de caballería 3º, 5º y 8º, se habían batido con desigual fortuna en la defensa de los puentes sobre el Gévora y el Caya, así como en la neblinosa mañana del 19 de febrero de 1811 en la que, sobre las laderas de Santa Engracia, pereció lo más granado del ejército español comandado por Mendizábal. Intramuros, fue célebre la atinada puntería de los artilleros portugueses, que llegaron a volar un polvorín en los últimos días del sitio causando innumerables bajas al enemigo²⁴.

Por estas y otras razones, cuando el general José Imaz Altolaquirre rindió cobardemente la plaza al mariscal Sault, la misma indignación popular que trascendió hasta las Cortes de Cádiz acompañó la propuesta de las autoridades portuguesas, que ya no cesarían en su empeño por reconquistar Badajoz. Así, distintas unidades de estas tropas combatirían en La Albuera, una extensión en definitiva del primer cerco establecido por los británicos sobre la ciudad, en el fallido intento del asalto al Fuerte de San Cristóbal, durante el segundo cerco británico, y en la definitiva toma de la fortaleza operada la noche del 6 de abril de 1812.

Sin embargo y pese a que las crónicas posteriores truncaron o fragmentaron la fama que les correspondía para incorporarla al invicto y reputado ejército de Lord Wellington, debe subrayarse que la tercera parte de aquel contingente que asedió y tomó la ciudad estaba formado por soldados portugueses. En el cerco y posterior asalto tomaron parte cuatro brigadas de infantería lusas y otros cuatro regimientos de artillería, que suponían toda la fuerza de este arma con la que contaba Portugal. Y la participación de la infantería portuguesa en el asalto del 6 de abril fue crucial, como pone de manifiesto el balance de pérdidas consignado entre sus filas: 155 muertos y 545 heridos, que sumaron 690 bajas, frente a las 965 sufridas en el transcurso de todo el cerco²⁵.

²⁴ De su participación dio cuenta el informe del comandante de ingeniero de la plaza, comentado en MARABEL MATOS, Jacinto Jesús: "El proceso Imaz. Formación de antecedentes. Los idus de marzo". *Revista de Estudios Extremeños*. nº 3, Tomo LXXVII. Excma. Diputación de Badajoz, 2011.

²⁵ Las mismas fuentes de referencia que, en la actualidad, sirven a los investigadores que han publicado sobre este hecho parecen no ponerse de acuerdo sobre el número de bajas de uno y otro bando. En consecuencia, los redondeos al alza y valoraciones subjetivas que pueden encontrarse en trabajos con presunción científica, dificultan el abordaje de

Evidentemente, la exposición al fuego de los defensores fue muy distinta para unos u otros regimientos portugueses, por lo que las respectivas bajas se equipararon a las de sus homónimos británicos en los puntos más disputados del ataque a la fortificación abaluartada, como fueron las brechas situadas en los bastiones de Santa María y La Trinidad, así como en la cortina que discurría entre ambos.

La 2ª Brigada, comandada el general Antonio Hipólito Costa²⁶, estaba formada por el 2º y 14º regimiento de línea y operó como apoyo del resto de unidades durante el cerco, por lo que tan sólo contabilizaron cinco muertos.

La 3ª Brigada del general William Frederick Spry, con el 3º y 15º regimiento de línea y el 8º batallón de cazadores, estaba integrada en la V División británica al mando del general James Leith, junto a las brigadas Hay y Walker. Los regimientos 3º y 15º cubrieron el ataque al baluarte de San Vicente: tuvieron 39 muertos y 45 heridos. Mayores fueron las bajas del batallón de cazadores nº 8, el antiguo nº 2 de la Leal Legión Lusitana, que atacaron el fuerte de Pardaleras sufriendo 23 muertos y 91 heridos.

La 8ª Brigada, comandada por el general José Joaquín Chapalimaud²⁷ estaba compuesta por el 9º y 21º regimientos, además del 11º batallón de cazadores, y fue integrada en la III División del general Thomas Picton, junto a las

cualquier estudio riguroso. De ahí que, una vez más, nuestra apuesta por una revisión definitiva de este episodio a partir de las fuentes primigenias. A este respecto, existe una completa y detallada relación de las bajas del ejército anglo-portugués que fue anexada al informe firmado por Wellington en Badajoz, el 7 de abril de 1812, publicada en el número extraordinario del *London Gazette*, de 24 de abril siguiente. Teniendo en cuenta el parte de bajas inmediatamente posterior a la noche del asalto, es posible precisar con exactitud las cifras sobre las que, de manera inane, se viene debatiendo en numerosas publicaciones. En lo que respecta al presente trabajo, pueden compararse las cifras anteriormente aportadas del ejército portugués, con los 653 muertos y 2.322 heridos británicos durante la acción del 6 de abril, mientras que durante todo el sitio sumaron 820 muertos y 3.004 heridos.

²⁶ La 2ª Brigada de infantería formaba parte de la División Portuguesa adscrita al ejército de Wellington desde el 16 de diciembre de 1809 y fue comandada por el general Angostinho Luiz da Fonseca hasta junio de 1811, a partir de entonces se haría cargo el general Antonio Hipólito Costa. CHARTRAND, R. y YOUNGHUSBAND, B.: *The Portuguese Army(2)...*, *cit.*, p. 14.

²⁷ El mariscal de campo José Joaquín Chapalimaud (1772-1825), hijo del teniente coronel de ingenieros Paulo José Champalimaud de Nussane, murió en Elvas completamente arruinado después de participar en la mayor parte de las batallas que tuvieron lugar en Portugal, durante la Guerra Peninsular. La *Gazeta de Lisboa*, de 27 de mayo de 1825,

brigadas Kempt y Campbell destinadas a asaltar la alcazaba de Badajoz. Los regimientos 9º y 21º tuvieron un total de 23 muertos y 77 heridos; mientras que el batallón de cazadores sufrió tan sólo cinco bajas: un muerto y 4 heridos.

Permítasenos aquí un breve excursio para poner de manifiesto un caso paradigmático, sin duda, de *damnatio memoriae* practicada por la historiografía británica. El general Champalimaud fue el oficial portugués de mayor graduación con mando en tropa durante el Sitio de Badajoz. Destacó en varias acciones y resultó herido cuando, al frente de sus hombres, dirigía la escalada del castillo. Sin embargo, las obras que tratan este episodio, incluidas las de sus compatriotas, con frecuencia ningunean su participación sustituyéndole, interesada y malintencionadamente, por el general Manley Power al frente de esta brigada, cuando lo cierto es que hasta finales de junio el británico no tomó el mando de la misma²⁸. Y es que, en merecimiento a su participación en el Sitio de Badajoz, el 19 de junio de 1812, el general Champalimaud fue nombrado gobernador de la plaza de Valença do Minho, ejerciendo este cargo aún con posterioridad al conflicto²⁹. Este ejemplo, meramente indicativo de los meandros históricos, no hace sino incidir en la urgente necesidad de revisar los estudios locales.

Por su parte, la 9º Brigada, comandada desde el 12 de enero de 1810 por el general William Munday Harvey, estaba compuesta por el 11º y el 23º regimiento de infantería, además de 7º batallón de cazadores. El 17 de mayo de 1810

recoge su necrológica con estas palabras: *No dia 5 do corrente (maio 1825) falleceu no comando desta Praça (Elvas) o Marechal de Campo José Joaquin Chapalimaud, com 53 annos de idade, e 44 de serviço, em qu esempre sempenhou os deveres de Vasalo fiel e de Militar honrado. Foi elle quem comando a tropa que toumou o castello da Praça de Badajoz, por ter sido ferido o General Picton no principio do assalto: nesta acção, na do Bussaco, onde foi gravemente ferido, e em todas as mais, mostrou sempre valor e inteligencia. Morreo pobre, deixando sem o seu amparo cinco filhas e tres fillos.*"

²⁸ El general Champalimaud cesó temporalmente al frente de la 8º Brigada portuguesa tras ser herido de gravedad en Bussaco, el 27 de septiembre de 1810. Desde entonces fue sustituido interinamente por Charles Sutton hasta que, tras la toma de Ciudad Rodrigo, retomó el mando de la 8º Brigada. Es probable que la confusión viniera auspiciada a partir de la maniobra de distracción que, con las dieciséis compañías de fusileros portugueses correspondientes a los regimientos nº 11 y 23, dirigió el general Power contra el hornabeque y la cabeza de puente, la misma noche del 6 de abril de 1812. CHARTRAND, R. y YOUNGHUSBAND, B.: *The Portuguese Army (2)*... cit., p. 15.

²⁹ VVAA. *Annual Report and Review*, Vol XXI. The British Historical Society of Portugal. Lisboa, 1994; p. 73.

fue adscrita a la IV División del general Charles Colville³⁰, fuerza que, junto a las brigadas Kemmis y Pakenham, atacó la brecha abierta en el flanco derecho del baluarte de La Trinidad. La participación de los regimientos 11º y 23º fue muy destacada, puesto que un batallón de quinientos granaderos, formado con las cuatro compañías de élite de ambas unidades sirvió de avanzada al resto de las tropas. Por esta razón, sus bajas fueron cuantiosas: tuvieron 37 muertos y 149 heridos. El 7º batallón de cazadores, antiguo 1º de la Leal Legión Lusitana, tomó también parte activa en el fallido asalto, con el resultado de 6 muertos y 53 heridos. Huelga reiterar que, en similares términos a los ya expuestos, su presencia fue obviada en la mayor parte de las crónicas de las naciones participantes.

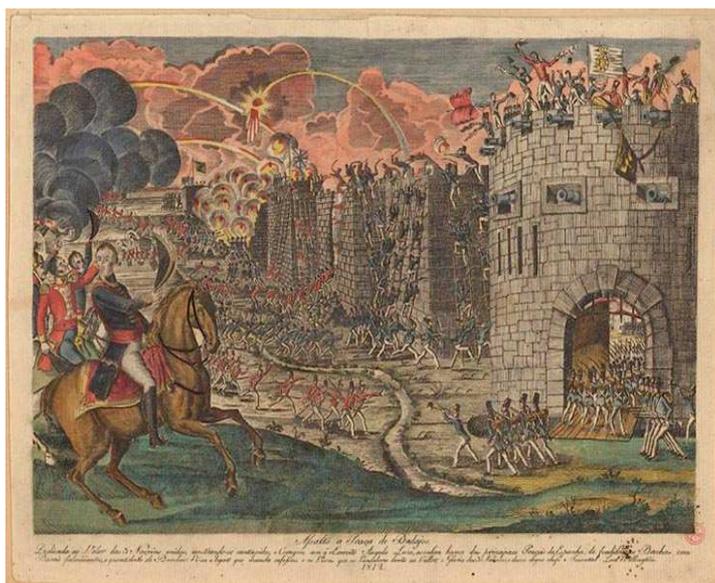


IMAGEN 3. Asalto a Badajoz el 6 de abril de 1812.
Grabado portugués contemporáneo.

³⁰ CHARTRAND, R. y YOUNGHUSBAND, B.: *The Portuguese Army (2)*... cit., p. 15.

Por último, los batallones de cazadores 1º y 3º fueron adscritos a la División Ligera comandada desde finales de enero de 1812 por el teniente coronel Barnard, tras la muerte del general Robert Craufurd en el asalto de Ciudad Rodrigo, y que estaba formada además de por su propia brigada, por la de Vandeleur. También aquí el número de bajas fue cuantioso: en el ataque a la brecha del flanco derecho del baluarte de Santa María, el 1º batallón sufrió 13 muertos y 60 heridos, mientras que el 3º batallón perdió a 19 hombres y otros 90 fueron heridos.

IV. O CORNETEIRO DE BADAJOZ

Después de dieciséis días de continuo bombardeo, el 3 de abril de 1812 comenzó a derrumbarse el revestimiento del flanco derecho del baluarte de La Trinidad. Y en el transcurso de esa noche también le siguió el flanco izquierdo del baluarte de Santa María. La artillería portuguesa continuó castigando el sector meridional de la fortificación otras cuarenta y ocho horas ininterrumpidas y, al cabo del 5 de abril, ambas brechas eran practicables: por la ejecutada en La Trinidad podría pasar hasta sesenta hombres de frente, mientras que en la de Santa María, algo menor, cabrían treinta y seis. Desde hacía dos días, las compañías de élite de los regimientos franceses y alemanes que defendían la plaza habían tomado posiciones tras las brechas, cubriendo los trabajos de los zapadores que, aprovechando la oscuridad de la noche, las sembraban de obstáculos que eran retirados al amanecer para que los observadores enemigos no se percataran de ellos³¹.

El capaz e instruido gobernador Philippon no hizo sino ordenar los protocolos al uso, sin duda conocedor del manual del buen oficial publicado por su compatriota, el general Jean-Girad Lacuée, unos años antes y donde, en estas situaciones, se aconsejaba estorbar el avance enemigo con:

“Caballos de frisa, troncos de árboles, y árboles enteros con toda su ramazón sobre el parapeto, estacada en el declivio exterior de éste, caballos de frisa en la berma, abrojos, piquetes, viñas militares y pozos en el fondo del foso, una estacada en la cresta del glacis, y detrás de ésta tres filas

³¹ Vid. “Rapport über die Bertheidigung von Badajoz”, en *Zeitschrift für Kunst Wissenschaft und Geschichte des Krieges* n° 3. Berlín, 1857.

de viñas: detrás de éstas, mantas, abrojos, piquetes, trillos, zarzas, espinos y pozos, y por último, antefosos y talas de árboles"³².

Los confiados ingenieros británicos, desconocedores de todos estos artificios, aún propusieron la apertura de una tercera brecha en la cortina que unía ambos baluartes. Y el día 6 de abril, entre las cuatro y las cinco de la tarde, una nueva brecha era practicable para el asalto de hasta veinticinco hombres al unísono. Entonces, el irlandés Arthur Wellesley, general en jefe del ejército anglo-portugués, señaló el plan de ataque definitivo para las diez de esa noche.

Se realizarían sendas maniobras de diversión sobre la alcazaba y el baluarte de San Vicente, encomendadas a la III y V División, respectivamente, pero el ataque principal habría de dirigirse contra las brechas. La vanguardia de IV División atacaría la practicada en el baluarte de La Trinidad para enlazar a su izquierda, una vez alcanzado el objetivo, con la División Ligera, que se ocuparía a su vez de asaltar el baluarte de Santa María³³.

De este modo, tras una inquietante calma, sobre la diez menos cuarto la noche se iluminó de bengalas y cientos de detonaciones delataron la presencia de las columnas de asalto, frente al revellín de San Roque y de la cortina que une los baluartes de San Pedro y San Antonio. Media hora después comenzó el ataque contra el fuerte de Pardaleras y, casi de inmediato, los defensores de las brechas abrieron fuego contra la vanguardia del ejército aliado.

Un batallón de casi seiscientos granaderos portugueses, al que habían señalado el camino una partida de zapadores y los voluntarios del *forlorn*

³² La obra de Jean-Girard Lacuée (4 de noviembre de 1752- 18 de junio de 1841), *Guide de l'officier particulier en champagne*, fue publicada en dos volúmenes en Paris, en 1805. Aquí hemos seguido la traducción contemporánea del capitán BOUILLÉ Y DE VOS, José María: *Guía del oficial particular para campaña*. Tomo I. Madrid, 1805, p. 264.

³³ Vid. JONES, John Thomas: "Memorandum. Arrangements for the assault of the breaches", en *Journals of Sieges carried on by the Army under The Duke of Wellington in Spain, between the years 1811 and 1814*. Volumen I. Londres, 1827; pp. 212-217. Existe una traducción en español de la, a su vez tercera versión francesa de la obra de Jones, publicada en 1846 y en la que no se incluyen las notas de éste al plan de Wellington, por lo que hemos considerado seguir fielmente el relato original. De todos modos, esta traducción parcial del original puede consultarse en VALDÉS FERNÁNDEZ, Fernando: *La Guerra de la Independencia en Badajoz: fuentes francesas. 1b. La opinión de los contendientes*. Diputación de Badajoz, 2012, pp.107-111.

hope, precedía al grueso de la IV División. El batallón estaba compuesto por las cuatro compañías de élite de los regimientos nº 11 y 23, pues atendiendo a la reorganización de los mismos, la Orden de 10 de abril de 1809, había establecido que, en el caso de entrar en combate, las cuatro compañías de granaderos de cada brigada formarían un batallón bajo un mando único³⁴, actuando en esta ocasión a la órdenes del teniente coronel MacDonal³⁵.

Existen, al menos, dos fuentes documentales que relatan de primera mano la actuación de los granaderos beirenses³⁶ en el ataque a la brecha de La Trinidad. La primera es la ya citada narración de Antonio de Oliva incluida en el desmentido al *corneteiro*. La segunda se corresponde con un diario inédito de José Correia de Melo, por entonces mayor del regimiento nº 11, cuyo conocimiento nos llega de manera indirecta a través de algunos párrafos incluidos en la también referida obra de Pereira de Chaby³⁷. Ambas, narradas en primera persona, si bien son parcas en detalles, deben servir de bosquejo en la reconstrucción de los hechos que aquí interesan.

De este modo sabemos que el primer destacamento expuesto al fuego enemigo y las primeras bajas de los aliados partieron, precisamente, de este batallón³⁸. Los granaderos portugueses debían abrir paso al resto de la IV

³⁴ Orden de 10 de abril de 1809. ALVES PEREIRA, V.P.: *Collecção (Vol.I)...*, cit., p. 130.

³⁵ El teniente coronel Donald MacDonal, fue designado para comandar el batallón de granaderos beirenses. Era un valiente y hosco irlandés, según Antonio de Oliva, que de manera temeraria, desenvainó su sable, para dirigirse directamente hacia la brecha, mientras aquel corría a su lado también con el sable desenvainado: “*Mas, ¡Oh, mísera humanidad! En pocos instantes el rubicundo irlandés perdió la vida, y al día siguiente pude contar en su cuerpo hasta ocho impactos de proyectil*”. Allí mismo fue enterrado al día siguiente, siendo sustituido por un escocés, el mayor Anderson, que a partir de entonces se hizo cargo del 11º regimiento de infantería portugués. DE OLIVA E SOUSA SEQUERIA, A.: *Rectificações...*, cit., p. 27.

³⁶ Así son denominados reiteradamente en las distintas fuentes portuguesas, aludiendo a la localidad de procedencia donde fueron reclutados la mayor parte de ellos.

³⁷ Parece ser que Correia de Melo llevó puntualmente un diario de todas las operaciones en las que participó desde el 31 de octubre de 1807. En los volúmenes III y IV de los *Excerptos*, Pereira de Chaby recoge la mayor parte de estas campañas, incluida la batalla de La Albuera, en la que Correia de Melo estuvo al frente del regimiento nº 11, y el Sitio de Badajoz de 1812. PEREIRA DE CHABY, C.B.: *Excerptos (III y IV)...*, cit.; pp. 242 y 487, respectivamente.

³⁸ FORBES, A.: *Battles of the Nineteenth...*, cit., p. 262.

División y disponer un total de doce escalas en la contraescarpa³⁹. El pelotón comandado por el entonces alférez Antonio de Oliva portaba dos escalas y cada hombre iba equipado con un saco de lana o de heno que debía arrojar al foso a fin de facilitar el paso. También, aunque descargadas, cada uno llevaba sus espingardas armadas con bayonetas y dispuestas para la lucha cuerpo a cuerpo⁴⁰.

Las bengalas descubrieron a la vanguardia del ejército aliado al poco de alcanzar el glacis y la guarnición les recibió con una sostenida descarga de fusilería.

“Fue en esta situación cuando el sonido del cuerno, tocando avanzar, hirió los nervios de los atacantes, las piernas se electrizaron acelerando el paso para alcanzar el foso; y mientras unos se encargaban de abrirse paso entre la empalizada, otros disponían las escalas para descender la contraescarpa; el nivel de agua subió al arrojar los sacos de lana y aquellos valientes que habían logrado bajar en primer lugar, se ahogaron mientras sus camaradas pasaban por encima hasta tocar la brecha. No era de esperar otra cosa, en vista de la improvisación que hubo por parte de los atacantes. La infantería francesa, a salvo sobre la muralla y no teniendo que responder a las hostilidades, enfilaba a los atacantes a izquierda y derecha haciéndoles cuantiosas bajas. (Debería haberse ordenado desplegar en las proximidades de la estacada un batallón de tiradores que respondiese al fuego sobre la muralla, pues con esa medida, casi seguro que más de mil franceses o bien habrían muerto de largo o habrían caído al foso o se habrían retirado, facilitando el acceso de la brecha al ejército angloluso).

Los franceses, en la seguridad del parapeto, descargaban los fusiles mientras sus camaradas les suministraban otros de reserva. Contaban a razón de tres fusiles por soldado y, mientras algunos estaban cargados con cartuchos ordinarios, otros los cargaron de cilindros de madera con entre cinco y seis bastardos clavados, de manera que, como disparaban casi a

³⁹ Pese a la insistencia del comandante de ingenieros, John Thomas Jones, Arthur Wellesley desechó la posibilidad de destruir el revestimiento de la contraescarpa situada frente a las brechas, que hubiera facilitado el descenso de los hombres. Este error se desvelaría esencial, como se demostraría al poco tiempo, puesto que los defensores habían ahondado la base de la contraescarpa y el agua de la repesa próxima coadyuvó a que gran cantidad de asaltantes acabaran por ahogarse. El resto, en la oscuridad de la noche, acabó confundiendo la rampa de la media luna inacabada situada frente a la cortina y, una vez ascendida sin oposición, hubo de enfrentarse al fuego de enfilada que se le hizo desde ambos baluartes aumentando considerablemente el número de bajas. JONES, J.T. *Journals of Sieges...* cit., p. 231-233.

quemarropa, los fragmentos de madera producían en los granaderos heridas incurables, cuando no los mataban allí mismo. Además de esta diabólica invención, contaban con granadas de mano, rastrillos ardiendo, y con cuanto artificio de fuego fue capaz de idear el sagaz ingeniero y gobernador Philippon, disponiendo una especie de infierno para que, todo el que se llegara acabara muerto o herido.

El general de la brigada, (William Munday Harvey), cayó herido, por lo que dos sargentos ingleses, heridos igualmente, tuvieron que arrastrarlo lejos de este lugar. A pesar del esfuerzo de los dos sargentos, el general se resistía a abandonar el frente y gritaba embravecido para que avanzásemos, queriendo antes morir que verse vencido de los obstáculos que le robaban la gloria de tomar la plaza por la brecha.

Al escuchar el ardor de sus órdenes, algunos oficiales que se conservaban en pie se dirigieron impetuosamente contra las brechas, pero allí fueron víctimas junto a sus hombres de los franceses. Todo esto pude presenciarlo desde el agujero donde caí gravemente herido y, debo dejar constancia aquí, del valor desplegado por nuestros aliados británicos, que en el transcurso de la Guerra Peninsular nos dejaron constantes ejemplos de valentía y ninguno de flaqueza. Desde mi posición el panorama era una confusión de uniformes azules y rojos, pues a ambos lados yacían dos corpulentos granaderos ingleses muertos; entonces pude escuchar un cuerno tocando avanzar, cuando por este lado no había quien avanzase, ni de quien defenderse, puesto que los franceses habían desaparecido repentinamente de la muralla”⁴¹.

Esto último debe rebatirse: los defensores de las brechas nunca abandonaron sus puestos y la mayor parte de ellos fueron hechos prisioneros con las armas en las manos, aunque el alférez Antonio de Oliva ya no pudo participar de este hecho como testigo puesto que, arrastrándose como pudo, se había retirado hacia el campamento aliado⁴². Los hombres del general Walker, que

⁴⁰ El teniente Antonio de Oliva marchaba en la primera compañía de granaderos del 11º regimiento, que era comandada por el capitán José María da Costa, también destacado con esta misma compañía el año anterior en La Albuera. DE OLIVA E SOUSA SEQUERIA, A.: *Rectificações...*, cit., p. 7 y 35.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 8-9.

⁴² Según su propio relato “Después del estruendo y el fuego horroroso de la brecha, con un resplandor que dejaba ver todo como el sol del mediodía, sucedió un repentino silencio, roto tan sólo por los gemidos de los heridos, mientras a lo lejos sonaba una corneta ordenando avanzar. Estaba haciendo compañía a los muertos, entre dos granaderos ingleses (uno estaba muerto cuando caí, y el otro lo vino a rematar una

habían escalado sin oposición el baluarte de San Vicente, fueron barriendo la escasa resistencia que podían oponerle las bisoñas compañías desplegadas en los respectivos bastiones de San José, Santiago y San Juan, hasta alcanzar a las compañías de élite que, confusas ante los cuernos que sonaban a sus espaldas, esperaban órdenes que nunca llegaron⁴³.

Las únicas memorias legadas por los defensores, correspondientes a varios oficiales alemanes del regimiento Groß und Erbprinz, no refieren que escucharan la controvertida señal de retirada, aunque quizás, en la confusión que sucedió una vez que los asaltantes del castillo lograron alcanzar las calles de Badajoz, las órdenes emitidas por unos y otros clarines se entremezclaran precipitando los acontecimientos⁴⁴. Por esta razón, la crónica de José Francisco de Castro no resulta tan inverosímil como pretenden sus detractores. Así, cabe finalmente traer aquí la respuesta que dio a los requerimientos de Antonio de Oliva, y que publicó el *Jornal do Commércio* nº 1699, de 26 de mayo de 1859, expresándose en lo que concierne a este momento del siguiente tenor:

“Cuando marchábamos al asalto de la plaza, junto a la IV División inglesa, yo llevaba el trompín francés que había tomado de un corneta muerto en la batalla de Bussaco. Tenía gran facilidad para imitar los tonos tras oírlos por vez primera, por lo que, durante mi estancia en Oporto, en muy poco tiempo aprendí las señales del cuerno inglés y también, tras repetidos combates, la del trompín francés. La IV División se dirigía a tomar las brechas de los baluartes de La Trinidad y Santa María, cuando el capitán de la primera compañía de mi batallón, el Señor Pedro Paulo, ahora teniente general, barón de Pernes y par del reino, se dirigió a mí:

segunda bala, apenas estando herido); en tal tesitura, observando que no estaba tomada la plaza, como indicaba el toque, y entre la gran mortandad que me rodeaba, nadie avanzaba, todos heridos, íbamos a caer en manos de los franceses. Así, reuniendo fuerzas, me levanté y arrastrándome como pude me dirigí al campamento, feliz de escarpar de la muerte en el asalto. El cirujano mayor del regimiento trató mis heridas y me subieron a un carro, donde tuve por compañero al teniente Santos Cabral y nos condujeron al hospital militar de Elvas”. Ibid., p. 6.

⁴³ MARABEL MATOS, J.J.: “Groß und Erbprinz (II)”... cit., p. 361.

⁴⁴ La confusión que sucedió al toque del clarín inglés, “una vez que la tropa vencedora se encaminó inmediatamente a la Plaza Alta”, fue narrada, precisamente, por Fray Laureano Sánchez Magro, prior del convento de Santo Domingo. SÁNCHEZ MAGRO, Laureano. *Sucesos Históricos de la capital y pueblos de Extremadura en la Revolución del año 1808*. Edición de Isabel Mª Pérez González y Fernando Pérez Fernández. Editora Regional de Extremadura. Mérida, 2011, p. 119.

“José Francisco, hoy habrá un premio para el primer cuerno que toque avanzar”⁴⁵. Pese a que no di excesivo pábulo, retuve de manera inconsciente la frase de mi capitán y continué la marcha fantaseando con el honor que podría alcanzar si se presentase esta circunstancia.

En la oscuridad de la noche avanzábamos muy despacio, puesto que la repesa del Guadiana había anegado toda esta zona⁴⁶. Aun así, el ritmo de la marcha era sostenido, pese a que el fuego de enfilada con el que se nos recibió desde el fuerte de Pardaleras nos estorbaba especialmente. Cuando alcanzamos la intersección de la estacada que seguía hasta las posiciones de la División Ligera, ya a escasa distancia de las brechas, pregunté: “¿Me adelanto, mi capitán?” A lo que respondió: “¿Tendría usted valor?” Y yo: “Sí, señor”. Al escuchar esto, el teniente de la compañía, Francisco Xavier da Silva Pereira, y el ayudante Joaquim Elias, me dijeron: “Ve, ve”.

Ante estas palabras y pleno de entusiasmo, corrí hacia la brecha. Pude escuchar claramente las voces de los centinelas franceses, y estaba tan nervioso que, en el instante en que pude distinguir una figura que se aproximaba, eché mano al sable y me arrimé todo lo que pude al muro. Felizmente, respiré aliviado cuando pude comprobar que se trataba de un corneta inglés que también quería ser el primero en tocar al asalto. Pero la metralla de una granada fue a despedazarle la cabeza al pobre desdichado, justo en el momento en que me ofrecía su cantimplora para que tomara un trago de ron. Sus sesos me salpicaron la cara y el pecho, y sin duda pude librarme de idéntica suerte al ser algo más bajo que el inglés.

Tras rehacerme de esta desgracia, continué unos pasos más allá, hacia el pie de la brecha, hasta que pude sentir el movimiento aproximándose de nuestras tropas. Entonces posé los labios sobre la corneta y toqué a marcha y fuego. Sucedió luego un tiroteo infernal, muriendo gran parte de

⁴⁵ En este punto, el relato del *corneteiro* cobra mayor presunción de veracidad, si cabe. Los oficiales británicos incentivaban la diligencia de sus tropas con promociones y gratificaciones, por ello, como ocurrió en el caso del primer hombre que se atribuyó la escala del castillo de Badajoz, el galardón fue reivindicado años más tarde por un corneta irlandés llamado Roy, según cuenta PEREIRA DE CHABY, C.B. *Excerptos (IV)*..., cit., p. 501

⁴⁶ Ya desde primeros de abril de 1811, el comandante de ingenieros de la guarnición francesa de Badajoz, ordenó al capitán de zapadores Martin ejecutar una presa de mampostería, bajo el puente que cruzaba el Rivillas hasta la luneta de San Roque, a fin de provocar la inundación de todo este frente. Como resultado, el agua alcanzó los glacis y los respectivos fosos de los baluartes de La Trinidad y Santa María. LAMARE, Jean Baptiste Hippolyte: *Relation des sièges et défenses d’Olivença, de Badajoz et de Campo-Mayor, en 1811 et 1812, par les troupes françaises de l’armée du Midi en Espagne*. Paris, 1825, p. 148.

los efectivos en este primer ataque. Fue algo cruel, señor redactor, ese ataque a las brechas, pues los franceses habían dispuesto toda clase de artificios. Habían atrincherado grandes vigas acribilladas con puntas de hierro, sables afilados, caballos de frisa, cortaduras y parapetos con barriles de pólvora, y muchos otros artefactos, además de foso muy profundo, de manera que nuestra gente sufriera una gran mortandad.

Pese al infatigable sonido que salía de mi clarín, los esfuerzos por alcanzar la brecha eran vanos; la resistencia del enemigo y los obstáculos de los que estaba sembrada, hacían inútil el empeño de nuestros hombres. Las cuatro compañías de granaderos de los regimientos 11 y 23, con inusitado coraje, trataron de escalar la gran brecha, aunque por entonces el señor alférez Antonio de Oliva ya estaba herido. Pero apenas nuestros valientes soldados pudieron alcanzar el pie de la brecha, explotaron varias minas llevándolos a todos por los aires. La confusión era absoluta, pero aquellos que, pese haberse desplomado con la violencia de la deflagración, resultaron indemnes, rápidamente se levantaron para avanzar de nuevo.

¡Oh, señor redactor! Sería difícil describir los actos de coraje practicados por la valiente IV División en el asalto de Badajoz. Entre los restos de aquellos estragos y junto a la muralla, descubrí parte de una carreta, me metí debajo de ella y desde allí seguí tocando. Pero la resistencia desesperada de los franceses fatigaba a nuestra gente que, a este lado de los baluartes de La Trinidad y Santa María, no pudo sino aminorar el fuego. Tuve entonces una súbita inspiración, recordé mi trompetín francés y que con él podría engañar al enemigo tocando retirada. Así lo hice; di la señal de retirarse hacia la plaza y luego, ya con el cornetín de la compañía, ordené avanzar. El enemigo, después de haber escuchado el trompetín, comenzó a abandonar sus posiciones y nuestra gente pudo avanzar sin resistencia hacia las brechas. Los franceses se fueron retirando hacia el fuerte de San Cristóbal, evitando más derramamientos de sangre.

Es así como practiqué la señal del engaño. No fue un corneta mayor, sino un simple corneta que, felizmente inspirado, pudo evitar más efusiones de sangre y que la plaza fuera más fácilmente tomada. Después requerí muchas veces y a diferentes gobiernos este reconocimiento, y siempre fui desdeñado. ¡Ah, si yo fuera inglés otro gallo cantaría! No tendría, como ahora, que rebatir el ultraje de un general ni precisaría de justificaciones.”

Como se expuso en los antecedentes de este trabajo, a la vista del resultado con el que la moderna historiografía estimó concluida la controversia, parece que no bastaron las justificaciones del pequeño *corneteiro* del 7º batallón de cazadores portugués. Por nuestra parte, pensamos que los mitos forman la médula de los pueblos, pero la formación y el conocimiento cabal y preciso de nuestra historia nos inocula frente a las interesadas falsificaciones foráneas.

Por ello, transcurridos más de doscientos años de aquel suceso, procedería, tomando como referencia no sólo los datos aquí aportados, meramente indicativos, sino cualesquiera otros inéditos y de primera mano que pudiera arrojar luz sobre aquellas jornadas que marcaron a sangre y fuego la historia de Badajoz, la revisión crítica de la mayor parte de las obras que hasta ahora se tenían por incuestionables.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVES PEREIRA, Vital Prudencio: *Collecção Systematica das Ordens do Exercito desde 1809 até 1858*. Volumen I. Lisboa, 1859.
- BOUILLÉ Y DE VOS, José María: *Guía del oficial particular para campaña*. Tomo I. Madrid, 1805.
- CIENFUEGOS LINARES, Julio: *El segundo sello*. Caja Rural de Extremadura. Badajoz, 1996.
- “Los franceses en Badajoz”. *Apuntes para la Historia de la ciudad de Badajoz*. Editora Regional de Extremadura. Badajoz, 1999.
- CHARTRAND, René y YOUNGHUSBAND, Bill: *The Portuguese Army of the Napoleonic Wars (2)*. Men-At-Arms. Osprey. Oxford, 2000.
- DA SILVA, Bruno: *O Ultimo Cartuxo da scala Caeli de Evora*. Lisboa, 1891.
- DA SILVA, Innocencio Francisco: *Diccionario Bibliographico Portuguez*. Tomo VIII. Lisboa, 1868
- DE OLIVA E SOUSA SEQUERIA, Antonio: *Rectificações Históricas*. Lisboa, 1860.
- FLETCHER, Ian: *En el infierno antes del amanecer*. Cuatro Gatos. Badajoz, 2007.
- *Badajoz 1812*. Cuatro Gatos. Badajoz, 2011.
- FORBES, Archibald: *Battles of the Nineteenth Century*. Volumen I. Londres, 1896.
- GRAND, James: *The Scots Brigade and other tales*. Londres, 1882.
- LABRETONNIÈRE, Émile: *El Capitán Fariñas. Episodio del Sitio de Badajoz*. Cuatro Gatos. Badajoz, 2012.

- LAMARE, Jean Baptiste Hippolyte: *Relation des sièges et défenses d'Olivença, de Badajoz et de Campo-Mayor, en 1811 et 1812, par les troupes françaises de l'armée du Midi en Espagne*. Paris, 1825.
- LEMONS PIRES, Nuno Correia Barrento: "El ejército portugués y el nuevo ejército anglo-portugués en 1808". *Revista de Historia Militar*, nº extra 2. Ministerio de Defensa. Madrid, 2005.
- JONES, John Thomas. *Journals of Sieges carried on by the Army under The Duke of Wellington in Spain, between the years 1811 and 1814*. Volumen I. Londres, 1827.
- MARABEL MATOS, Jacinto Jesús. "El proceso Imaz. Formación de antecedentes. Los idus de marzo". *Revista de Estudios Extremeños*. nº 3, Tomo LXVII. Excma. Diputación de Badajoz, 2011.
- "Groß und Erbprinz (I) Badajoz o el honor de Hesse-Darmstadt". *Revista de Estudios Extremeños*. nº 3, Tomo LXIX. Excma. Diputación de Badajoz, 2013; pp. 1.739-1766.
 - "Groß und Erbprinz (II). El colmillo del alemán". *Revista de Estudios Extremeños*. nº 1, Tomo LXX. Excma. Diputación de Badajoz, 2014; pp. 343-374.
 - "Badajoz, 6 de abril de 1812. La noche de los alemanes". *Revista de Estudios Extremeños*. nº 3, Tomo LXX. Excma. Diputación de Badajoz, 2014; pp. 1609-1640.
 - "La defensa holandesa de Mérida en 1809". *Extremadura. Revista de Historia*, nº 2. Tomo I. 2014.
- OMAN, Charles: *A History of the Peninsular War*. Vol. V. Oxford, 1914.
- PEREIRA DE CHABY, Claudio Bernardo: *Excerptos Historicos e Collecção de Documentos relativos á Guerra denominada da Peninsula*. Volumen IV. Lisboa, 1863.
- RINCÓN JIMÉNEZ, Jesús: *Días gloriosos y días aciagos en Extremadura*. Arqueros. Badajoz, 1930.
- SÁNCHEZ MAGRO, Laureano: *Sucesos Históricos de la capital y pueblos de Extremadura en la Revolución del año 1808*. Edición de Isabel Mª Pérez González y Fernando Pérez Fernández. Editora Regional de Extremadura. Mérida, 2011.

